

NUEVOS AMIGOS

Por **Carola Lee**

La MADRE anta corría por el bosque de pinos con la cabeza baja, las orejas gachas y los flancos palpitantes. Su hijito procuraba seguirla, dando largos saltos. En otras oportunidades había seguido a su madre, pero nunca se le había requerido que corriera de esa manera. Estaba jadeando y le dolían las patas.

Es que esa mañana la brisa le había llevado a la madre el terrible olor de los lobos del bosque. Se dio cuenta de que la perseguían. De modo que urgió al pequeñuelo a seguirla, y echó a correr.

La antita la seguía pero no vio que estaban aproximándose a una cerca. De pronto la madre pareció volar por el aire y saltó la cerca, pero ella no pudo seguirla, porque la cerca era demasiado alta para ella.

La antita cayó al suelo y sus pezuñas afiladas dejaron grandes marcas en la tierra blanda. Debido a la velocidad que traía fue a dar debajo del palo inferior de la cerca, entre un matorral que se cerró sobre ella, protegiéndola como un escudo.

La antita quedó quieta entre el matorral. Estaba jadeante. Unos instantes después una sombra cruzó sobre ella. Era el gran lobo gris que actuaba de guía, y que saltaba la cerca. Lo siguió otro, y otro.

Mucho después de que los lobos dejaron de seguirla, la anta madre seguía corriendo por entre la maleza, lo cual hizo que quedara separada de su hijo por muchos kilómetros de distancia.

Ahora la antita estaba sola. No sabía lo que había ocurrido, pero comprendió que debía quedar tan quieta como pudiera, y esperar. Los latidos de su corazón se aquietaron y dejó de jaderar. Como estaba acostumbrada a ser dejada sola en lugares ocultos por largos períodos de tiempo, el animalito se tranquilizó. La madre volvería a buscarla. Y mientras el sol seguía recorriendo su camino, se quedó dormida entre la maleza. Cuando se despertó, su madre aún no había regresado. Tenía hambre.

En eso escuchó el ruido de cascos que hollaban el sendero que pasaba junto a la cerca. Pero no se trataba de su madre. Eran dos caballos. Los montaban dos muchachos.

"¡Aaaanj!" baló la antita.

Los muchachos detuvieron sus caballos y escucharon.

__¿Qué fue eso? -preguntó Roberto, el muchacho que iba adelante.

-No oí nada.

- ¡Escucha! -insistió Roberto volviendo la cabeza-. Ahí está otra vez.

Proveniente de la cerca se oyó de nuevo el sonido: "¡Aaaanj! ¡Aaaanj! ¡Aaaanj!"

-Parece un cuervo hambriento. ¿Habrá algún nido entre aquellos mimbres? Veamos.

Gualterio dio vuelta con su caballo y se dirigió al mimbreral. Roberto lo siguió y cuando llegaron allí vieron que algo se movía al otro lado de la cerca.

¡Un animal! -exclamó Gualterio-. ¿Es un cuervo?

-;No! -gritó Roberto. ¡Es un... es una antita!

El hambre del animalito iba en aumento, y cuando la madre no apareció su instinto de quedar quieto fue reemplazado por el instinto más fuerte de encontrar alimento. Al principio balaba muy suavemente, pero luego fue subiendo de tono. Cuando los muchachos se acercaron, levantó la cabeza y comenzó a olfatear. Movía las orejas continuamente. Luego se agazapó en un rincón.

-¿Dónde estará la madre? -comentó Roberto mirando a su alrededor ansiosamente.

-Parece que lo hubiera abandonado -razonó Gualterio-. Mira esas marcas. Debe haberse resbalado debajo de la cerca y no ha podido levantarse.

- ¡Pobrecito, está hambriento! Por eso grita. Vayamos a casa a traerle leche -sugirió Roberto.

-Claro, podemos traer el biberón que usamos para alimentar al corderito huérfano.

Y los muchachos montaron a caballo y salieron a la carrera para la casa.



Poco tiempo después regresaron con el biberón de leche tibia. Roberto rodeó con su brazo el cuello del anta y acarició las orejas largas y aterciopeladas del animalito. Gualterio le introdujo la tetilla del biberón entre los labios, levantando el biberón para que la leche fluyera. El animalito espurreaba, se atragantaba, estornudaba y procuraba zafarse de los muchachos, pero éstos seguían probando. Finalmente un poco de leche caliente se le escurrió en la boca y a los pocos instantes la antita estaba chupando la tetilla y casi no se detuvo hasta que consumió la última gota.

-Por ahora es suficiente, amiguito -dijo Roberto acariciándole el hocico-. Tu madre volverá mañana. Al día siguiente la madre aún no había regresado. Los muchachos encontraron al animalito en el mismo lugar, balando de hambre. Cuando trajeron el biberón, comió ansiosamente.

-Yo no creo que su madre volverá a buscarlo. Llémosla a casa -dijo Roberto, e inclinándose sobre la antita le acarició las orejas y el hocico-. Llamémosla Flip.

Flip meneó su colita corta y buscó el biberón.

Los muchachos abrieron un pedazo de la cerca para que la anta pudiera pasar. La animaron a que los siguiera y ella los siguió. Pero se detuvieron varias veces para observarla y se rieron de sus orejas largas, la giba que tenía en la nariz y las patas, que eran más grandes que el cuerpo.

Cuando llegaron a la casa de campo donde vivían, los dos perros pastores que tenían corrieron a recibirlos ladrando muy excitados. Flip se hizo a un lado, atemorizada, pero Roberto la tomó y la sostuvo.

-Y Uds. dos, quédense tranquilos -reprendió Gualterio a los cachorros-. Vengan acá y saluden como se debe.

Roberto sostuvo la anta, y Gualterio tomó los cachorros, y poco a poco la anta y los dos cachorros tuvieron la oportunidad de olerse mutuamente. Los tres se hicieron amigos y comenzaron a jugar en el patio.

Habiendo tomado leche hasta quedar completamente satisfecha, Flip buscó un rincón bien soleado y se acostó para hacer una siesta, doblando las patas debajo de su cuerpo. Los cachorros se acercaron corriendo y se acostaron a su lado hechos un ovillo. Flip olfateó los cachorros y tocó la nariz de cada uno como para expresar que era muy bueno tener nuevos amigos.